

# Idi Amin Dada

## ESQUIZOFRENIA CULTURAL Y RACISMO BLANCO

**A**FRICA ha sido y es un tema casi absolutamente desconocido en este país. Y de no ser por el 25 de abril portugués —causa y efecto simultáneamente del desmoronamiento imperial lusitano dentro y fuera de casa, en la metrópoli y en el continente negro—, África no sólo sería desconocida, sino que ni siquiera sería famosa.

Desde hace año y medio más o menos, con escasas y honrosas excepciones, reportajes y noticias de casi toda laya, incluidos los realizados por personas o publicaciones en otros campos prestigiosos, contribuyen, voluntariamente o no, a una particular ceremonia de la confusión, cuya principal consecuencia es la ya apuntada al principio: el lanzamiento a la fama de un complejo cúmulo de factores, situaciones y rasgos culturales que se concretan en el término África. Dicho lanzamiento, a mi parecer, se está efectuando, generalmente, mediante la utilización de instrumentos, prejuicios y desconocimientos de realidades culturales diferentes a la propia, en ocasiones tan graves, que, insisto, no solamente no forma ni informa, sino que, claramente, deforma.

Pero otro medio de comunicación —más peligroso por su posible mayor impacto— acaba de sumarse a la confusa ceremonia existente sobre este tema. Me refiero al cine y, en concreto, a la película de Barbet Schroeder, «General Idi Amin Dada».

Respecto a las facetas estrictamente cinematográficas de la obra de Schroeder, y teniendo el mismo parecer que ellos, me remito a las autorizadas opiniones de Fernando Lara («... en este documental, el espectador no tiene de Amin Dada más que los datos que el propio dictador proporciona, en un ejemplo de estructura cinematográfica antidialectica, que incluye la omisión de imprescindibles informaciones —salvo las escolares del comienzo— sobre la verdadera situación de Uganda») y de César Santos Fontenla. («La coartada política y el chantaje cultural suelen ser armas con frecuencia utilizadas en cierto tipo de cine actual que, amparándose en ellos, logra un éxito que no podría lograr de otra manera, tapa la boca de los críticos y hace que se abra la de los espectadores de buena voluntad y se alza con dudosos, o al menos discutibles —serlo es lo mínimo que se le puede exigir a un cine



que pretende abogar por la libertad— triunfos».)

No cabe duda de que el film está absolutamente situado fuera de contexto. Y creo que con toda intención. Una película honesta

¿Quién tomó el pelo a quién? El director tiene ante Amin una clara desventaja: Schroeder cree estar en Kampala cual si se encontrara cualquier 14 de julio tomando una sopa de cebolla en

### Emilio Menéndez del Valle

que situara las «excentricidades» de Amin in situ habría sido más seria y ligada a la realidad, pero probablemente mucho menos comercial. No se trataba de informar sobre África, sino de hacer filigranas queriendo crear un bufón. Pero, ¿quién es el payaso?

la parisiense place Pigalle. Schroeder no sabe, o no quiere admitir, la existencia de dos mundos, de dos culturas radicalmente diferentes. A Schroeder los árboles no le dejan ver el bosque.

La ventaja de Amin estriba en que a pesar de que «es quizá, de

entre todos los dirigentes negros ampliamente conocidos, el más totalmente africano. Sin educación europea alguna, sin la menor credibilidad ante los intelectuales blancos, Amin es un hombre del pueblo, que habla el idioma del pueblo de una manera que ni Nkrumah, Kenyatta, Kaunda, Senghor o Nyerere pudieron nunca hacer» (1), puede burlarse con manifiesta habilidad ante algunas absurdas preguntas (Hitler, judíos) o situaciones planteadas por un «sofisticado» intelectual «occidental».

Sin sentido sería hacer una película sobre el Watergate limitándose a dar un plano general del famoso hotel de Washington y entreteniéndolo el resto de la cinta con declaraciones de Nixon. A pesar del pretendido conocimiento que pueda tenerse de la sociedad norteamericana y que, desde luego, no se tiene, generalmente, de las africanas. En gran medida, la estructura fílmica de Schroeder se apoya en retales fuera de contexto, con el consabido efecto de que una verdad a medias es peor que una mentira. El tono general de la película, al prescindir de las importantísimas diferencias culturales, está en esa línea.

Si se quiere un ejemplo concreto, valga la alusión al telegrama enviado por Amin a Nyerere, Presidente de Tanzania y amigo personal de Milton Obote, ex dirigente de Uganda derribado por Idi Amin: «Me gusta usted tanto que si fuera mujer me casaría con usted» (traducción aproximada). Naturalmente, si no se explica el entorno, el cable resulta, cuando menos, ridículo, lo que parece pretender Schroeder. El contexto es el siguiente: en 1964 hubo en Tanzania una revuelta militar luego sofocada. Nyerere, el Presidente, huyó de la capital. Amin le está recordando el incidente, llamándole cobarde porque huye «como una mujer».

Para terminar, y como ocurre a veces en nuestras «salas especiales», los subtítulos castellanos aportan su granito de arena a la ceremonia de la confusión. En otro plano «extracultural», en el Consejo de Ministros presidido por Amin, pretendidamente paternalista e infantil (para otros Consejos de Ministros blancos, occidentales y cristianos quisieramos muchos tal claridad), la

(1) Martin Walker en «Political Super-Star in the Making», *Guardian Weekly*, Londres, 13 enero 1975.

traducción pone en boca de Amin un paternalista «quiero instruirles sobre» —hablando a los ministros— por «I want to brief you», es decir, más o menos, «quiero cambiar impresiones con ustedes».

## Colonialismo, alienación y esquizofrenia cultural

Conviene no olvidar que los líderes políticos son reflejo de la cultura en que actúan. Y Amin no es una excepción. Amin es un producto típico de una sociedad típica, de una sociedad que está sólo comenzando a salir de un breve lapso histórico (ni siquiera un siglo) de dominación atípica. Me estoy refiriendo a la explotación europea, llevada a cabo de un modo intenso en casi toda África desde 1884-1885, fecha del Congreso de Berlín, donde se realizó el reparto del botín colonial entre las principales potencias europeas.

Con anterioridad, y durante unos cuantos centenares de años, algunas zonas del continente negro se vieron azotadas igualmente por la peste blanca, una de cuyas más finas canalladas —la trata de esclavos para las colonias de América— supuso el des-



Tropas ugandesas montan vigilancia en el exterior de los estudios de Radio Uganda, tras el golpe de Estado que protagonizó el general Amin el 25 de enero de 1971.

membramiento físico, cultural, económico y sociopsicológico de algunas sociedades africanas.

Pero es en especial desde finales del siglo pasado cuando las más importantes de entre las muy cristianas y «occidentales» sociedades europeas blancas se

dedican a la implantación sistemática y por la fuerza de una cultura extraña a aquellas sobre las que, y en contra de su voluntad, se han asentado. Y ochenta intensos años en el Congo y en Nigeria, en Gabón y en Uganda, en el Chad y en Ghana hicie-

ron impacto: Toda una superestructura colonialista fue montada, con especial refinamiento en algunos casos y burdo estilo en otros, sobre las auténticas estructuras africanas, con el fin de organizar social y económicamente a las segundas en beneficio de

# SCHROEDER CON 'PERMISO DE AMIN'

**C**OMO es posible que un individuo así gobierne una nación! Ja, ja. ¡Es increíble!

Yo me acordaba, oyendo estos comentarios ante la película del General Amin, de esos espejos de feria que nos ofrecen nuestra imagen deformada, pero, al fin y al cabo, nuestra propia imagen. Nuestra figura puede aparecer alargada o achatada (que mucho de esto tiene, sin duda, la visión de Amin y Amin mismo), pero nunca nos ofrece en realidad ni "más" ni "menos" de lo que verdaderamente somos. Es el desahogo de la risa ante la caricatura de lo habitual.

La película aparece blanda tras los cortes ordenados por el General, las imágenes que se descartarían a la hora de hacer el montaje definitivo y lo que se dejaría de filmar por miedo a no poder utilizarlo. (Porque toda acusación, burla o ridiculización que se haga, aparte de su imagen burlesco-popular, es hacerla a un Jefe de Estado reconocido.)

Aparece así un Amin sano, simpático, deportista y, sobre todo, "bonachón". Con ideas, algunas, aparentemente justas para su pueblo ("habla la voz de Dios, y no la mía"). Con canciones hechas para que se divierta su propio pueblo. Pero no se verificó con imágenes y con vivencias reales de alguno de los diez millones de ugandeses, la ejecución de esas ideas.

En todo caso, la película hay que verla y llevar bien presente que Amin no es Woody Allen, y que tal vez haya muchos Amin que no son Allen ni son negros.

## Conversación con Barbet Schroeder, director

He hablado con Barbet Schroeder, que está ahora dirigiendo una nueva película sobre una historia de amor entre una prostituta y un campesino que llega a la ciudad (actores: Gerard Depardieu y Bulle Ogier).

Schroeder, que se confiesa políticamente: "No he sido nunca llamado a pertenecer a ningún partido. He estado siempre en la oposición de todas las ideas que he encontrado a mi alrededor. Contra lo convencional en política, tanto a la izquierda como la derecha, contra lo convencional que venga de un lado o de otro... No puedo definirme políticamente". Y religiosamente: "Yo no pertenezco a ninguna religión, ni mi familia me ha impuesto por tradición nada que yo haya estado obligado a creer. Digamos que lo único a lo que tiendo es hacia una 'mirada' hacia algo, que está muy cerca de la contemplación. La contemplación que se mostraba en 'La Vallée', sí".

"Cinematográficamente, creo que todas mis

películas ('More', 'General Idi Amin Dada', 'La Vallée') tienen algo de documento; tiendo a un acercamiento de la realidad de las cosas y gentes que filmo. También me gusta reflejar al hombre en su forma más íntima, más que al hombre y la política o frente a la sociedad que vive".

—¿Cómo conoció y cómo contactó usted al General Idi Amin Dada para hacer la película?

—Teníamos un contacto en Kampala que nos había dicho en un principio que el General estaba de acuerdo. Pero de todas maneras nos presentamos ante Amin sin ningún papel determinado. Entonces le dije que no me sentía capaz de hacer una película sobre él sin que él la dirigiera. (En los títulos de créditos aparece Schroeder como colaborador en la dirección). El aceptó con entusiasmo.

—¿Cómo lo ve usted, que estuvo conviviendo con él durante varias jornadas, casi día y noche, puesto que a veces le hacía sugerencias a cualquier hora que fuera: como un payaso, un loco o simplemente un dictador? ¿Cree que tiene auténticas ideas políticas, económicas y sociales teóricamente válidas?

—Creo que es todas estas tres cosas que ha dicho usted y más que todo esto a la vez. El tiene una manera de hablar a su pueblo que es muy rara en África. No es como los otros Jefes de Estado africanos. No, él tiene auténticas

## IDI AMIN DADA

la primera. Los medios no importaron y los costes tampoco. Pagaban los africanos, y éstos valían poco. Civilizaciones locales saqueadas (no hay más que una civilización: la europea), lenguas nativas reprimidas (en vano), formas de vida y organización social aplastadas.

En África, el proceso de aculturación ha conducido en muchos casos (sobre todo entre aquellos que se han podido permitir el lujo de tenerla) a una crisis de inadecuación psicológica ante el medio repentinamente hostil (que no lo era o lo era de forma culturalmente congruente antes de la llegada del europeo). Buena muestra de la crisis y, sobre todo de los que logran superarla inmediatamente, es la tensión dialéctica entre formas de vida social y políticas europeas y africanas. A quienes se empeñan en lamentar el desarraigo en África (pero que, por otro lado, no hacen nada en su favor) del sistema «un hombre, un voto», Seidu Badian, ex ministro de Desarrollo de la República de Malí, les recuerda las diferencias culturales y la primacía en África de la colectividad sobre el individuo, de la solidaridad sobre el egoísmo (hasta la llegada de los europeos), de la necesidad que en muchas ocasiones tiene un africano de decir

no donde un europeo diría sí, de cómo, algunas veces, es imposible en el continente negro que el yo prive sobre el nosotros, si se piensa, por ejemplo, en la magnitud catastrófica de algunos fenómenos naturales, que obligan a preocuparse antes de los escasos recursos colectivos de la aldea que de los menos perentorios del individuo, que, al fin y al cabo, se remite y subsume en la colectividad. Las abismales diferencias en el medio y la cultura obligan —ante la aparición de problemas diferentes— a adoptar soluciones, criterios y técnicas a menudo también diferentes (2).

La aludida crisis de inadecuación psicológica se manifiesta en algunas ocasiones como una indiscriminada imitación de la cultura «occidental», pero otras emerge a través de una decidida hostilidad hacia ella. Según Mazrui, tanto la agresión cultural como la imitación cultural, en las actuales condiciones africanas, podrán ser síntomas de un complejo de dependencia interno, que todavía está luchando por liberarse.

Este complejo de dependencia puede ser sumisivo o agresivo. El

(2) Seidu Badian: «Las vías del socialismo africano». Editorial Anagrama, Barcelona.

complejo de sumisión tiende a expresar actitudes de deferencia y atención hacia la metrópoli colonial, mientras que el complejo de agresión se expresa en actitudes radicales hacia ella y raramente admite la posibilidad de la existencia de una capacidad intrínseca africana para actuar erróneamente por propia iniciativa.

### Idi Amin en su contexto

¿Cómo situar a Amin dentro de las coordenadas anteriormente trazadas? ¿Cómo interpretar la intervención «en política» del militar Amin, del antiguo sargento del ejército colonial británico? ¿Es válida la identificación de Amin con el conjunto de los militares ugandeses en los propósitos del golpe protagonizado por el hoy mariscal el 25 de enero del año 1971? En mi opinión, tal identificación no es del todo posible, pero no dispongo todavía de suficientes datos para estar completamente seguro.

Veamos algunas líneas de composición y actuación de los militares africanos y de su intervencionismo en política, reconociendo previamente los riesgos derivados de toda generalización:

a) Existe una diferencia fun-

damental entre los ejércitos del África negra y los de algunos países subdesarrollados o en vías de desarrollo de otras zonas del mundo. Los primeros resultaron casi siempre aculturados en las tradiciones y normas de autonomía del cuerpo, propia de las organizaciones castrenses británica y francesa. Sus componentes se han diferenciado a menudo de las élites políticas gobernantes. Ejército y partido han sido dos formaciones distintas. Sin embargo, en otros países (Argelia, Cuba, China, Yugoslavia), ejército y partido han estado íntimamente vinculados, siendo prácticamente inexistente la autonomía corporativa.

b) A Robert M. Price debemos la elaboración de una teoría conocida como paradoja de la emulación, referida a los militares africanos y, en concreto, a los ghaneses. Price argumenta que el entrenamiento a que se somete el oficial ghanés es tal que «produce identificaciones grupales de referencia con los oficiales de la ex potencia colonial y compromisos concomitantes con el conjunto de sus tradiciones, símbolos y valores» (3).

(3) «A Theoretical Approach to Military Rule in New States: Reference-Group Theory and the Ghanaian Case», *World Politics*, abril de 1971.



Idi Amin con Barbet Schroeder, durante el rodaje de la película sobre el Jefe de Estado de Uganda.

ideas válidas teóricamente. El tiene ideas únicamente para África entera o para el Mundo. Es un dictador, un iluminado, y como todos los Iluminados, le surgen ideas aparentemente justas y las aplica de una manera brutal y horrible. ('Obro en favor de todos los negros del Mundo', dice Amin.)

### Amar al dirigente

"Hay que enseñar al pueblo a amar a su dirigente" —es una de las órdenes estrictas que el Presidente ugandés daba a sus ministros en la celebración de un Consejo—. ¿Qué es, exactamente, lo que se mostraba en ese minuto veinticuatro segundos que obligó a cortar de la película secuestrando a la colonia francesa en Uganda?

—El primer corte se refería a la muy numerosa desaparición de personalidades, de jueces, de profesores. Yo hablaba de millares de desapariciones. Y las imágenes que acompañaban el comentario eran de una ejecución pública que él había organizado hace algunos años y que yo había tomado de un noticiario. En el segundo se hacía referencia a la situación económica, que yo mencionaba que era absolutamente catastrófica, y que se acrecentó con la expulsión de los asiáticos. Por último, hizo cortar una escena del Consejo de Ministros en que se dirigía a su Ministro de Asuntos Extranjeros de una manera un tanto violenta; el cadáver de este señor apareció quince días después en el Nilo, y a Amin no le gustó que se mostrara aquella escena, y me dijo: "Pero vaya, usted lo muestra de una manera que parece que soy yo quien lo ha matado, y en absoluto; son mis enemigos los que le han suprimido". Y es lo que él dice siempre.

Acabamos con palabras del General Idi Amin Dada: La gente se pregunta: "¿Qué será del futuro de Uganda?". ■ JAVIER ARENAS.

c) La aculturación producida en los oficiales africanos formados en las academias militares del Reino Unido y Francia, y concretada en el mantenimiento del espíritu de cuerpo, ha llevado en numerosas ocasiones al enfrentamiento del ejército con las élites civiles gobernantes (también aculturadas, aunque de otra manera), cuando estas últimas han intentado socavar los intereses corporativos del primero.

En el caso de la Ghana de Nkrumah, donde durante varios años se intentó una política revolucionaria al margen del ejército, y al que luego —ya tardíamente y con fracaso— se quiso politizar en esa línea, los militares se mantuvieron casi pasivos durante bastante tiempo. En parte, por la tendencia a no inmiscuirse en política (aunque habría que comprobar la actitud de los militares británicos, de llevarse a cabo en algún momento en Inglaterra la política de Nkrumah), y en parte, por el apoyo de numerosos oficiales a una dirección nacionalista, que, no obstante (¡oh 'contradicción!'), no enfrentara al país con Gran Bretaña. La rebelión militar, que culminó en Ghana en 1966, comenzó a fraguarse tan pronto como el Gobierno de Nkrumah empezó a lesionar directamente los intereses corporativos de los oficiales, en especial, a través de la interferencia política, la vigilancia por la policía secreta, el conato de adoctrinamiento político, el crecimiento desmesurado de la guardia presidencial y la formación de milicias populares.

Quiero establecer ahora algún punto de conexión o rechazo entre lo expuesto en a), b), y c) y los militares ugandeses.

Sobre a), creo que no cabe la menor duda de que el ejército de Uganda se inscribe plenamente en la línea de los demás del África tropical, en lo que a la autonomía corporativa se refiere.

Sobre la paradoja de emulación de b) y la aculturación a que aludo en c), habrá que matizar que el ejército ugandés y el propio Amin «sufrieron» el complejo mimético con reservas. Habría que preguntarse hasta qué punto la normativa y valores asumidos por los soldados ghaneses del modelo británico, como afirma Price, no ha implicado únicamente la asunción de algunos valores y reglas de la tradición británica, que podrían resultar secundarios en el propio modelo inglés. Por otro lado, convendría tener en cuenta que la percepción africana del modelo británico no tiene por qué ser exactamente el modelo británico, ni siquiera la percepción que de tal modelo tengan algunos británicos.

Ello podría llevarnos a la tesis de que la neutralidad de los militares, en política, es un mito, y de que —como dice Anton Bebler, refiriéndose a Ghana, Malí,

Dahomey y Sierra Leona—, «los ejércitos de estos cuatro países eran en gran medida —cuando intervinieron directamente en política entre 1965 y 1968—, todavía lo son hoy, instituciones extranjeras en las nuevas sociedades políticas independientes. Desde el principio, se han desarrollado sometidas a la fuerte influencia de las ex metrópolis. Sin embargo, las causas subyacentes de la intervención militar son predominantemente propias del entorno sociopolítico doméstico de estos países, a pesar de la aguda dependencia cultural, económica y, en menor extensión, política de estos Estados formalmente independientes de Gran Bretaña, Francia y de Occidente en general» (4).

¿Y de Amin, en cuanto individuo? Si continuamos el análisis dentro del marco del complejo de dependencia, con sus dos facetas de agresión o de imitación culturales a que aludía Mazrui, es quizá posible decir (en la concreta relación de dependencia de Amin con respecto a los colonialistas anglosajones) que el jefe ugandés ha evolucionado de una anglofilia sumisiva a una anglofilia agresiva, sin haber llegado todavía a una verdadera anglofobia. Creo que ello explicaría su atención y gusto (si bien ambos, *sui generis*) por algunos de los detalles de los británicos (los desfiles y exhibiciones militares, sus continuas cartas, telegramas, etcétera, a la Reina, al primer ministro de Su Majestad... entre otras manifestaciones, a menudo ridiculizantes, pero no verdaderamente ofensivas). Ejemplos extremos, como la mil veces anunciada y nunca ejecutada condena a muerte del profesor británico Hills (por lo de «tiranuelo de aldea») y las múltiples preocupaciones causadas al gobierno británico con este asunto, pueden indicar un punto álgido en la anglofilia agresiva de Amin, pero, en mi opinión, aún no la anglofobia.

### La evolución política de Idi Amin Dada

No creo que pueda hablarse de patrones uniformemente válidos para enjuiciar el intervencionismo militar en África. Uno de los mejores libros al respecto es el ya citado de Bebler. Sobre Uganda hay escasas fuentes. Sobresalen Ali Mazrui y James Mittelman (5).

En realidad, el golpe y las consecuencias del golpe de Estado de Idi Amin de enero de 1971 se

encuentran entre los menos estudiados. Datos hay para todos los gustos. Desde que en 1966 Amin fue acusado de contrabando de oro y plata y de colocar dinero en una cuenta extranjera, hasta su más reciente decisión de «saneamiento» político-económico conocida: la fulminante destitución del jefe de la Fuerza Aérea ugandesa porque se dedicaba más a sus negocios privados que a los aviones (6 de agosto del año 1975).

Es posiblemente bastante aproximado que Uganda se encuentra hoy al borde de la bancarrota a causa de la gestión de Amin. Pero también parece serlo que uno de los propósitos del líder negro es romper la tradicional dependencia económica de Occidente, y eso suele traer dificultades con los banqueros públicos y privados de este sector ideológico. ¿Es cierto que los militares comandados por Amin representan a la burguesía ugandesa —como opinan algunos—, o que son la voz de los campesinos, del hombre común y corriente, como estiman Mazrui y Mittelman? Esto último rechaza el argumento de que el ejército ugandés represente a la burguesía, apoyándose en el hecho de que entonces no tendrían explicación las purgas dentro del propio ejército, de acuerdo a líneas raciales. ¿Es entonces errónea la opinión de Bebler (o quizá, sólo válida para los cuatro países por él estudiados) cuando dice en su libro: «... la tropa proviene generalmente de las regiones menos desarrolladas, mientras que los oficiales proceden de (sobre todo en términos de educación) áreas más avanzadas. Las tomas de postura por motivos étnicos entre los oficiales han tenido significación política de vez en cuando (sobre todo en el golpe en Dahomey, de 17 de diciembre de 1967), pero incluso entonces tales motivos han sido mucho menos importantes que las disputas corporativas y los conflictos internos, basados en otros campos (tales como el rango, edad y hoja de servicios)».

Pero la cuestión central es quién está interesado en que los militares estén en el poder, si es que algún grupo social o etnia concreto lo está. Parece estar claro que, de los distintos pueblos que componen Uganda, uno de los más importantes, los baganda, estaba contra la intervención militar, porque muchos de sus componentes nutren el funcionamiento civil y tenían que los soldados-administradores constituyeran una dura competencia. ¿Los musulmanes negros o las gentes islamizadas en general, dado que Amin es musulmán?

Si en África, y en concreto en Uganda, consideramos a los militares —al menos a los que se alzan—, más que como componentes de una clase, como una «élite de coyuntura», podría ser quizá mantener que, al menos en

principio, la intervención representará, aunque de modo vago, a los sectores rurales y más desatendidos del país. Interesa recordar que en muchos países africanos, a menudo, los oficiales provienen de familias muy cercanas socialmente a las de la tropa. En ocasiones, la única diferencia estriba en que, de los varios hijos que tiene la familia de que procede el oficial, uno o alguno de ellos han podido ser enviados a la escuela.

Parece ser que, por otro lado, Amin llegó gradualmente a la conclusión de que la esencia de la explotación en África no consistía en el capitalismo, sino en la **estratificación racial**. Sin que esté personalmente de acuerdo en todo con tal argumento, y sin, por supuesto, poder calificar a Amin de «socialista», es conveniente recordar que varios de los dirigentes anticapitalistas de África no son necesariamente marxistas («Las condiciones de África no son muy distintas de las de la Europa en las que Marx y Lenin escribieron y trabajaron. Hablar como si estos pensadores suministraran todas las respuestas a nuestros problemas, o como si Marx hubiera inventado el socialismo, implica el rechazo de las condiciones humanas de África y de la universalidad del socialismo. Marx contribuyó en muy importante manera al pensamiento socialista. Pero el socialismo no comenzó con él, ni puede terminarse con las constantes reinterpretaciones de sus escritos».) (6).

Amin estaba convencido de que los numerosos asiáticos que vivían en Uganda eran un obstáculo para el desarrollo y la redistribución económica. Controlaban casi todo el comercio y se habían autosegregado, evitando el contacto vía matrimonio, salvo excepciones, con la población africana. Ni qué decir tiene que fueron los colonialistas quienes fomentaron tal conducta social y quienes previamente habían importado del subcontinente indostánico a tal población. Divide y vencerás. Amin, con la decretada expulsión en noventa días de los asiáticos, actuó de modo evidentemente injusto en el procedimiento. Pero medidas similares —aunque menos radicales— estaban ya siendo puestas en marcha por Milton Obote, y lo habían sido en Kenya y Tanzania. Adicionalmente, con su intempestiva medida, el dirigente ugandés dejó palpablemente demostrado el racismo de Gran Bretaña, que puso todos los obstáculos posibles para la entrada en las islas de los expulsados, a pesar de que ostentaban pasaportes del Reino Unido, y eran legalmente súbditos (que no ciudadanos) británicos. ■ E. M. V.

(6) Julius K. Nyerere, Presidente de Tanzania, en «Uhuru na Ujamaa. Freedom and Socialism», Oxford University Press, Londres, Oxford, Nueva York.